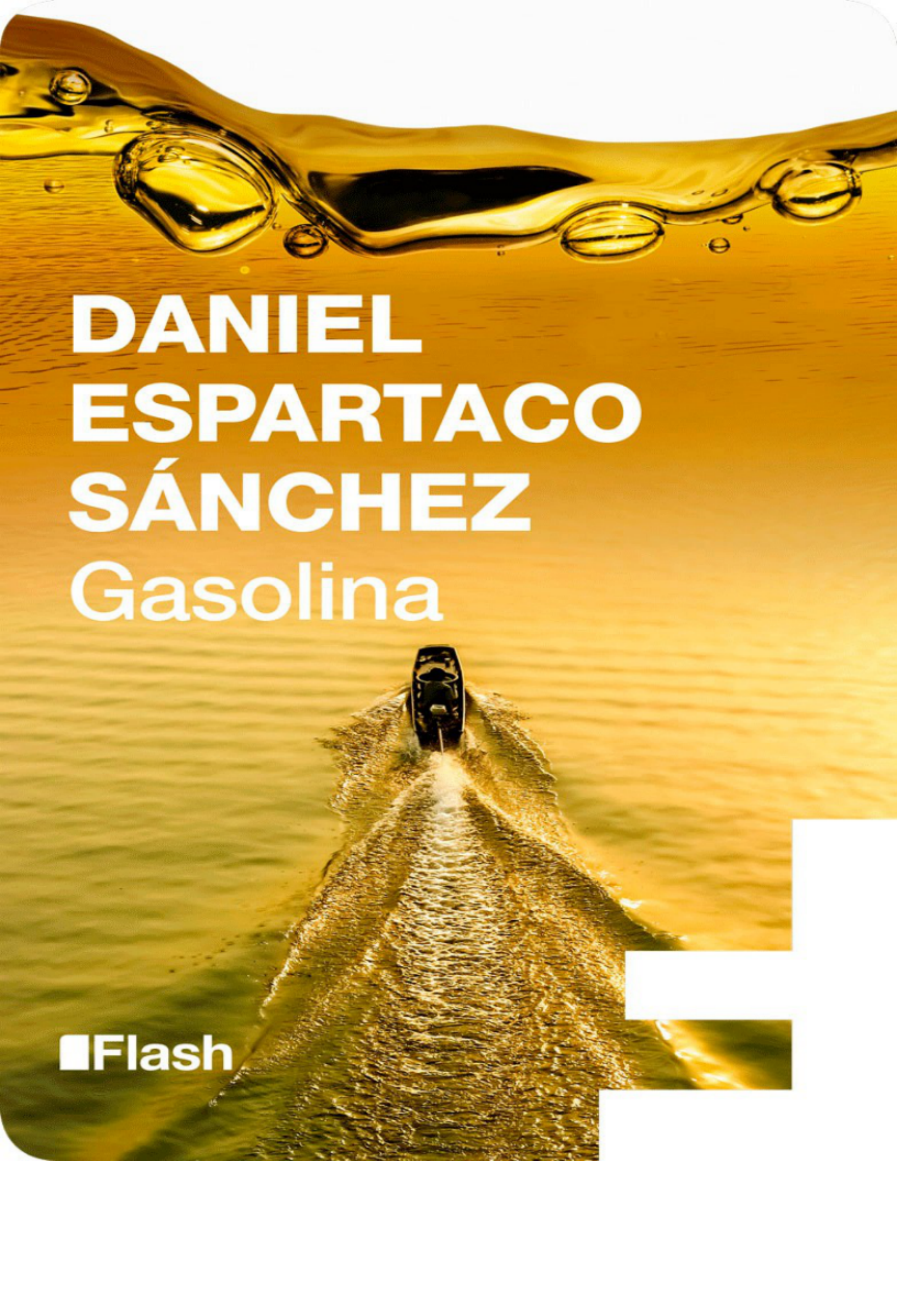
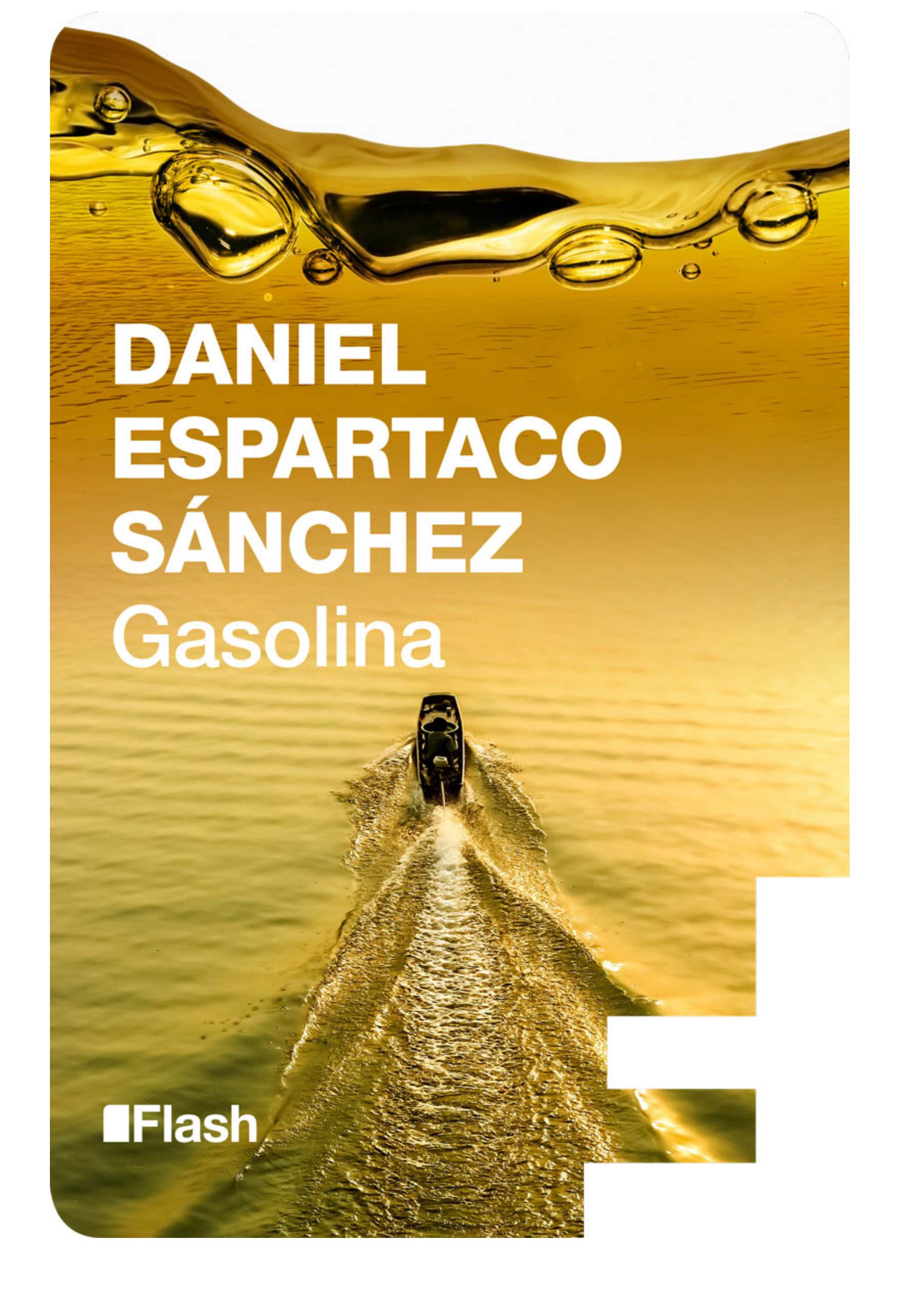
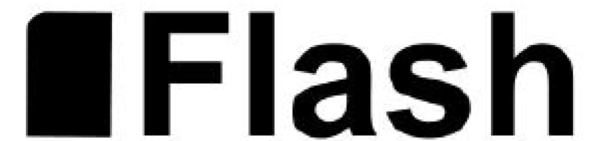

DANIEL
ESPARTACO
SÁNCHEZ
Gasolina
Flash


DANIEL
ESPARTACO
SÁNCHEZ
Gasolina
Flash

Daniel Espartaco Sánchez

Gasolina



Ser escritor joven es como un noviciado que dura de los 20 a los 35 años y, entre otras cosas, en los congresos de literatura tienes que compartir la habitación con otro escritor de alguna ciudad de provincia, como tú, autor de uno o dos libros, como tú, y es costumbre aceptada que éste te regale sus opúsculos dedicados con letra ilegible (publicados por un instituto de cultura con el dinero de los contribuyentes) y tres meses después, cuando ya ni te acuerdes, te llame por teléfono para pedirte una opinión.

—Hola, ¿qué te pareció mi libro de poesía?

—¿Cuál libro?

—*Páramo insomne*, te lo di en el congreso pasado.

Como en esa ocasión, en el Puerto, mi compañero de cuarto era Wilson Carrera, un viejo conocido, ya sabía que nada más para comenzar me esperaba un sablazo de mil pesos.

—Estoy quebrado —me dijo—, te lo pago en la quincena.

Wilson era un tipo grande y afectuoso, de ánimo cambiante y apetentes fosas nasales. Transpiraba con exceso en el labio superior, y esto podía llegar a ser desconcertante. Estaba en quiebra todo el tiempo porque era adicto a la cocaína, tenía dos mujeres, dos hijos y una madre enferma, y era reportero de deportes en un periódico local de Tampico.

Carrera y yo —y los ahí reunidos en un hotel del malecón cuyos folletos y precios prometían ser cinco estrellas, no así el servicio— éramos becarios del Estado benefactor, el cual nos pagaba durante un año para escribir un libro. A cambio se nos exigía, entre otras cosas, asistir a congresos con talleres de trabajo, donde sombríos tutores, antes jóvenes escritores becados, ahora en el desquite, despedazaban nuestra obra en público y la arrojaban al suelo:

—¿Llamas a esto poesía? —escuché una vez decir a uno de ellos, mientras agitaba un manojo de fotocopias en la cara pasmada de una jovencita.

Era como un congreso de economistas, pero más aburrido.

A mí me gustaba Sofía Souza, una muchacha que escribía una obra de teatro existencialista de la cual no se entendía gran cosa, como pude percatarme al hojear el anuario con fragmentos de nuestra obra que los organizadores nos entregaron al llegar al hotel. El cabello castaño y quebrado le caía sobre los hombros a la manera casual y poseía una interesante estructura ósea de hombros muy anchos, casi

masculinos, como de un fresco egipcio. Según el directorio que nos dieron al llegar, tenía 23 años; ahí estaba la fotografía que no me cansaba de contemplar como un adolescente en mi cuarto: era artística, todo lo contrario de la mía, páginas atrás, que parecía tomada de un pasaporte. Souza posaba con una mano en el mentón y veía hacia una de las esquinas del recuadro, los ojos almendrados y enigmáticos; una sonrisa leve que se me quedó grabada desde la primera vez que la vi.

Era difícil concentrarse en Souza mientras Carrera se pedorreaba frente al lavabo, en cuya superficie de mármol había dispuesto dos líneas de cocaína.

—¿Quieres? —me dijo, esperando que la respuesta fuera no.

—No.

—¿Y cuándo piensas publicar otro libro?

—No sé —dije.

No había podido terminar otra cosa desde mi primer libro de cuentos, el que también ganó un premio nacional. La novela por la que el Estado me pagaba iba de mal en peor, parecía no tener fin, ni resolución, ni principio, y todo esto me frustraba porque Carrera y los otros publicaban dos libros al año con dinero de los contribuyentes.

Tomé el teléfono del buró y marqué el número de mi ex esposa.

Ella insistía en que debíamos ser grandes amigos, por lo que le llamaba cada día para escuchar detalles minuciosos de su vida. Yo esperaba estar cerca en un momento de debilidad suyo y llevarla a la cama. Nunca ocurrió.

—¿Cómo llegaste? —me preguntó.

—Bien —le dije—, estoy con Carrera, ¿te acuerdas de él?

—Es un cerdo —dijo ella—, dile que te pague todo el dinero que te debe.

—Sí, le diré.

Carrera planchaba su mejor camisa, modelo proxeneta tailandés, la toalla en la cintura, los pezones cubiertos de vellos largos y negros, el labio superior lleno de gotas de sudor.

—¿Cómo va todo? —le pregunté a mi ex mujer.

—Voy a cenar con Rodrigo.

—Es un buen muchacho.

—Me la paso bien con él.

Era mi turno para utilizar el baño antes del almuerzo. Me llevé el directorio para contemplar la fotografía de Souza una vez más porque tenía la corazonada de que ella me miraba de manera diferente que a

los demás; e incluso aquel día cruzamos dos palabras en el elevador:

—¿Hay algo que te apasione tanto en la vida como para morir? —me preguntó.

Examiné con cuidado la pregunta y no pude obtener una respuesta, me distrajo la nariz redonda y brillante de mi interrogadora.

—No sé, ¿y tú?

—El reguetón —me dijo.

Y se bajó un piso antes que el mío, contoneando las caderas. Como yo nunca me sentí buen bailarín, cuando se cerraron las puertas supe que Sofía no era para mí. La declaración me pareció inexplicable en el contexto: un elevador. Su compañera de cuarto era Roberta Robles, una poeta de Chiapas que destacaba por su tamaño junto a Souza, y junto a todo el mundo.

El primer día, al atardecer, Wilson Carrera me llevó por los bajos fondos del Puerto en busca de cocaína. Mi compañero sacó la nariz por la ventanilla del taxi y guió al chofer; podía olfatear la droga en cualquier parte. Llegamos a un mercado en las afueras de la ciudad: entre el olor a podrido y a manteca de cerdo, que distraerían a un novato, Carrera encontró a una señora gorda y negra, vestida con una grasienta camiseta blanca, cruzada de brazos junto a un cazo lleno de manteca y habló con ella en su jerga, de la cual no pude entender nada.

El primer intercambio se logró sin complicaciones.

Para que no conquistara el mundo, la naturaleza hizo a mi amigo ineficaz en actividades como el comercio. Digamos que Wilson Carrera y el desarrollo del capitalismo no eran precisamente sinónimos. Compró dos cajas de supuestos habanos de contrabando que pensaba vender de vuelta en Tampico, pero se trataba de tabaco veracruzano de muy mala calidad con etiquetas piratas, como pude percatarme al abrir una de las cajas. Por supuesto, para el negocio de su vida, Carrera me quitó la billetera, tomó casi todo el contenido y prometió pagarme en cuanto vendiera la mercancía.

—Déjame algo —le dije—, quiero invitarle a Souza un trago.

Los cuatro becarios en la categoría de novela éramos Carrera, la pálida Romualda Velásquez, el inexorable Mario Gratín, exhaustivo en sus comentarios, y yo. El tutor, Miguel Habedero, un escritor de los años sesenta, no tenía nada qué decirnos: miraba absorto la mesa y hacía un ruido exasperante con su bolígrafo. Según me explicó mi

compañero de cuarto, era autor de dos clásicos marginales de la literatura mexicana: Caminos de desolación y Walden tres. Cuando Carrera terminó de leer el sexto capítulo de su novela, Habedero se quedó absorto frente a sus fotocopias y se rascó la coronilla:

—¿Algún comentario?

Y miró a Gratin, éste había rayoneado la mayor parte de sus copias y tachado extensos pasajes con tinta roja.

—Lo primero que me preocupa... —dijo, y no paró de hablar durante dos horas ante la mirada indiferente de Carrera, quien, al terminar la mesa, tomó los generosos comentarios de Gratín, los hizo una pelota, y los arrojó al bote de basura, sin atinarle.

Sofía y Roberta bailaron toda la noche solas en el bar donde caímos algunos escritores, la mayoría ebrios. Todos, hombres y mujeres, las observamos desde lejos. Si tan sólo uno de nosotros hubiera sido capaz de marcar el uno dos tres… En vez de eso, yo me dediqué a fumarme una cajetilla de cigarros, encendiendo uno con la colilla del anterior, y Carrera hizo constantes viajes al baño para inhalar cocaína.

A ella le gusta la gasolina
Dame más gasolina
Cómo le encanta la gasolina
Dame más gasolina.

—¿Qué le ves a esa tipa? —dijo Carrera—, es muy esnob.

Como sucede a menudo en los congresos de literatura, la noche terminó en la piscina del hotel. Me tiré en la tumbona con un seis de cerveza y me fumé el cigarro de marihuana que Carrera me consiguió como un favor especial, me dijo, pues él no era tan vulgar para desperdiciar sus talentos de rastreador indio y viejo sabio chamán, en un poco de hierba. Me enseñó el culo peludo y celulítico y se arrojó a la piscina. Fue un espectáculo verlo emerger al centro bajo la luz mercurial de las lámparas. La naturaleza lo hizo gordo, feo, y torpe al caminar, pero le dio una agilidad excepcional en el agua; en tierra parecía fuera de lugar, en la piscina era un animal quimérico, dotado con la galanura y serenidad de los grandes mamíferos acuáticos. Había dispuesto dos rayas en el otro extremo de la alberca, para zampárselas con la alegría del león marino al comer el amigable pescado del entrenador. De alguna manera, mucho menos sublime, me recordó al

albatros del poema de Charles Baudelaire.

El agua que saltó de la piscina apagó el cigarro y cuando traté de volver a encenderlo vi del otro lado a Sofia, como una sonámbula, vestida con pantalones blancos de lino y una blusa holgada. Busqué entre las sombras la figura ejemplar de Roberta Robles (sus brazos, sin exagerar, eran del grosor de mis piernas), pero Sofía se había escabullido de sus robustas manos. Caminaba descalza por el borde de la alberca, sin mirar el chapoteo de Carrera. Temí que resbalara, se golpeara la nuca, y muriera sin ser mía, aunque tal vez tendría un poco de tiempo antes de la llegada de los paramédicos.

—¿Me das una cerveza? —preguntó.

Se había sentado en la tumbona junto a mí.

Arrojé el cigarro a la alberca. Si Carrera hubiera sido marihuano y no cocainómano, habría saltado para atraparlo con los dientes.

—Mi nariz —se quejó.

La sangre flotaba a su alrededor, trató de detener el flujo con una de sus aletas —metamorfoseado en mi imaginación, debido al alcohol y las drogas—, se hundió en un cardumen de burbujas blancas y rojas, giró sobre su propio eje y volvió a emerger.

Souza destapó la cerveza, pero ni siquiera le dio un trago. Puso el mentón sobre las rodillas, y sonrió satisfecha. Miró hacia la alberca, como si mi amigo fuera un espectáculo de la naturaleza (y de cierta forma lo era):

—Qué hermoso —dijo.

El acento tampiqueño de Carrera tenía la cualidad de que cualquier palabra pronunciada sonara obscena, así fuera “madre”, “religión”, “caridad”:

—Hey, Souza —gritó—, ¿no quieres meterte a la alberca?

—¿Hay algo ––me preguntó ella—, que disfrutes tanto en la vida como para morir?

“Esta pregunta ya me la hizo”, pensé; y medité la respuesta con cuidado:

—Bailar reguetón —le dije—, ¿y tú?

—Nadar desnuda.

Desató el lazo del pantalón y comprobé lo que ya había sospechado: no usaba ropa interior. Levantó los brazos para sacarse la blusa —una espalda bien formada, con esporádicos lunares—, se tiró a la alberca y nadó hasta el otro lado en zigzag, mientras Carrera emergía cada tanto e intentaba agarrarla, de lo cual Souza no pareció percatarse. Fui hasta el otro lado con la toalla que Sofía recibió con la

sonrisa leve de siempre. Carrera flotaba boca abajo, en medio de la alberca, agotado por el esfuerzo. Temí que estuviera muerto y le toqué las costillas con el salabardo que estaba junto a la piscina.

—¿Estás bien, Carrera? Contestó con una andanada de burbujas.

—Estoy muy cansada, voy a dormir —dijo Souza.

—Te acompaño.

La luz mortecina y la música del elevador lograron el efecto de un viaje largo: Sofía con la toalla amarrada en medio de los pechos, y yo, detrás, sin darme cuenta —y tampoco ella, debía de estar acostumbrada—, con sus ropas colgadas del brazo, como si fuera un criado. A través del cristal del elevador vi que la posición de Carrera en la piscina no había cambiado.

"Quizá está muerto, pensé, tal vez debí llamar a recepción para que pidan una ambulancia". Pero no pude contenerme cuando vi las gotas de agua en los hombros de Sofía y pasé mi lengua por ellas. Ella se giró, me tomó de la cara y metió su larga y puntiaguda lengua en mi boca como si fuera a depositar sus huevecillos en mi estómago. Cuando la puerta se abrió, me jaló al pasillo, contra la ventana que daba hacia la alberca, donde los guardias del hotel tocaban con el salabardo el cuerpo inmóvil de Wilson Carrera. Uno de ellos corrió rumbo a la recepción mientras el otro intentó jalar el cuerpo a la orilla. Temí que el cristal se rompiera a mis espaldas.

—Vamos a mi cuarto —dije.

—¿Y si llega Carrera? Me hubiera gustado decir:

—Carrera está muerto.

Pero no, lo vi forcejar con los guardias, los cuales no podrían con él; tarde o temprano llegaría a la habitación por más cocaína, y ni siquiera el seguro de la puerta podría detenerlo. Si Carrera no hubiera perdido todo mi dinero con sus pretensiones empresariales, yo habría bajado a la recepción para tomar una habitación, pero ya le había echado un ojo a la tabla de precios, inalcanzables para mí.

—Entonces vamos a mi cuarto —dijo ella.

—Pero ahí está Robles.

—Tiene el sueño muy pesado.

Extrajo la tarjeta llave del pantalón, el cual seguía colgado de mi brazo, y abrió la puerta. Robles, en camisón, veía el televisor, acostada en la cama.

—Bien —nos dijo—, podemos tener un trío.

—Debo irme —dije, y cerré la puerta detrás de mí.

Cuando llegué a la habitación, Carrera aún no había llegado.

¿Dónde se había metido? ¿Cómo predecir situaciones como ésa? Me senté en la cama tendida y me comí el chocolate amargo que la camarera había dejado en mi almohada como una cortesía. Pensé en todo lo que Souza y yo podríamos haber hecho en ese momento. Llamé a mi ex:

—Son las cuatro de la mañana —dijo con tono amodorrado—, ¿bebiste?

—No.

—Hasta mañana —dijo, y colgó.

En el desayuno Carrera dijo que era necesario conseguir más dinero porque estaba a punto de terminarse la cocaína:

—Es un encuentro de jóvenes escritores, ¿no?

—Sí.

El restaurante estaba lleno de becarios del Estado: el futuro de la literatura mexicana.

—Pues todos son cocainómanos —dijo.

Carrera se levantó y se dirigió a la mesa donde estaban los becarios de poesía, y habló con ellos. Eran la aristocracia de la generación, lentes de pasta y copetes tan altos que te sugerían la inevitable desaparición de nuestra amiga la capa de ozono. Minutos después regresó con un fajo de billetes.

—Le dije que les conseguía coca si me daban una comisión.

—Ojalá usaras tus poderes para el bien —le dije.

Carrera fue de mesa en mesa y recolectó una gran cantidad de dinero. De los únicos que no pudo sacar nada fue de los cuentistas, pues eran unos pazguatos, me dijo, cuya única diversión era tomar cerveza en el cuarto y ver películas mexicanas.

—Esta noche me acompañas con la doña.

—De eso quería hablar contigo, necesito que esta noche llegues tarde a la habitación. Si no llegas, mejor.

—¿Qué le ves a la suripanta ésa?, es muy esnob.

Cualquiera habría dicho que estaba celoso.

—Carrera…

—Está bien, pero me acompañas por la coca, es una operación muy grande para mí solo.

Faltaban, sin embargo, muchas horas para la noche, y nos encontramos con Roberta Robles en el ascensor.

—Quiero hablar contigo —me dijo, y me jaló hacia el restaurante.

El rostro burlón de Carrera desapareció entre las puertas corredizas.

—Sofía se encuentra en una situación muy vulnerable —dijo Robles.

—¿Qué?

—Su padre acaba de morir la semana pasada —dijo—, ella no se encuentra bien.

"Qué mujer tan molesta", pensé.

—No me parece recomendable que se involucre de manera emocional ahora. Antes que ser poeta, soy psicóloga —dijo, como si esto pudiera llegar a significar algo para mí.

Apreté el botón del ascensor.

—Te lo advierto —dijo, y puso una gruesa y acanalada uña frente a mis ojos—, sé Krav Magá.

—¿Qué es eso?

—Es un sistema de defensa personal desarrollado en Israel.

Miguel Habedero, el tutor, nos esperaba sentado a la mesa junto a Mario Gratín y Romualda Velásquez. Era el turno para criticar la novela de ésta y Gratín dispuso delante de él una docena de lápices con puntas bien afiladas. Estaba fresco como una lechuga hidropónica en un supermercado de lujo, de su cabello cepillado todavía chorreaban unas gotas de agua. Era el único que parecía turista, llevaba bermudas y sandalias y olía a agua de colonia Sanborns. Se la estaba pasando bien.

El trabajo de Romualda era una novela de vampiros que transcurría en el México colonial, llena de descripciones góticas y edificios barrocos, y algo sucedía con la sintaxis, pero mi cabeza no podía identificar qué. Habedero luchaba con su propensión a quedarse dormido, mientras Romualda hacía una pausa para darle un sorbo a su botella de agua. Parecía disfrutar la lectura por todos nosotros. Entre estos afectados silencios se escuchaba el lápiz de Gratín rasgar el papel. Así transcurrieron algunas horas: don Juan Villaseñor había matado ya a media docena de vampiros, los jesuitas fueron expulsados, y un hilo de sangre colgaba de la nariz de Carrera. Yo deseaba estar muerto: la resaca del alcohol, el tabaco, la marihuana y la porosa lengua de Sofía Souza.

—Te está sangrando la nariz —dijo Habedero.

Carrera sacó un pañuelo que reconocí como de mi propiedad, y se embarró el hilito por la cara.

—Muy interesante —dijo Habedero—, los vampiros huyeron a otra

dimensión…

Romualda Velásquez, en el extremo contrario de la mesa, parecía a punto de un ataque de asma, el rostro pálido, lleno de lunares, y la nariz roja. Quien seguía con el cabello húmedo, como si acabara de bañarse, era Gratín.

—Muy interesante —volvió a decir Habedero—… Creo que hay un problema con tu novela, pero no sé cuál es…

Gratín ordenó sus notas y volvió a sacar punta a sus lápices. Carrera manchó de sangre las fotocopias que tenía enfrente, como una especie de homenaje al tema; en la esquina superior de las mías había una palomita.

—¿Quién hace los primeros comentarios? —preguntó Habedero, y miró a Gratín.

Como un mero trámite, éste levantó la mano e hizo un recuento de las fallas "meramente técnicas" de la novela, para después comentar las fallas en "la verosimilitud"; habló de la anagnórisis y no sé cuántas cosas más.

—¿Anagqué? —dijo Carrera.

Gratín prefirió ignorarlo:

—Los vampiros no existen —dijo—, pero si existieran no puedes matarlos con balas de plata, eso es para los hombres lobo. Lo digo por la escena en la que don Juan manda fundir la platería del ajuar para matar a tiros a su esposa convertida en vampira. ¿Es así? Es una parte confusa.

La Velásquez se veía en peor estado que la esposa de don Juan después de ser sodomizada por una banda de licántropos cambujos. Mi atención rondó por el galerón colonial de techos altos donde nos habían colocado los organizadores, los barrotes de la ventana, el ruido de la calle, la libertad, la silueta de Sofía en el patio donde estaba la mesa con el café no apto para consumo humano y las galletas húmedas y viejas con las que el Estado alimentaba a sus polluelos. ¿Era cierto lo que dijo Robles sobre la muerte del padre o se trataba de un ardid para alejarme de ella? Me excusé un momento, y con el pretexto de rellenar mi vaso desechable con más veneno, alcancé a Sofía, le puse la mano en la espalda y le susurré en el oído:

—Hola.

Me miró asustada, como si yo fuera el sátiro que la acosaba sexualmente (de algún modo así era) y no hubiéramos compartido nuestros fluidos bucales la noche anterior. En su mano tenía un plato desechable lleno de galletas aguadas, parecía hambrienta, me dio

pena, aunque pronto su cara recobró la expresión beatífica de quien camina descalzo sobre carbón al rojo vivo en el nombre de su dios.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —chillé, inseguro de estar frente a la mujer que horas antes masajeó mis cuerdas vocales con su lengua.

—Roberta quiere ir a bailar —dijo.

"Que se pudra Roberta, pensé, tú y yo vamos a ser como Simone y Jean-Paul, como Butch Cassidy y the Sundance Kid, como Laurel y Hardy; le patearemos el culo al mundo, haremos el amor en todas las ciudades, seremos leyenda. Ya somos leyenda".

En vez de eso, me limité a decir:

—Ah.

Si cuando hay un silencio en la conversación dicen que pasa un ángel, fue Azrael, el arcángel de la muerte, el que cruzó entre nosotros.

—Roberta me dijo que estás atravesando por un mal momento —dije, sin saber por qué.

Y yo que pensaba haber dejado años atrás el sentimiento de estupor y rabia y lujuria que es cortejar a una mujer sin estrategia alguna.

—No quiero hablar de eso —dijo Sofía.

Su rostro no se alteró lo suficiente, habría sido el acto de deferencia que yo hubiera agradecido como el perro los palos de su amo. ¿La había perdido para siempre? Esa mañana me había levantado optimista, ufano…

Cuando regresé a la mesa, Gratín aún no terminaba con sus comentarios, como si la novela de Romualda fuera tan importante para la cultura humana como la Torá, el Talmud y todos los libros sagrados:

—Aunque la parte de los vampiros judíos es muy buena, y la Inquisición, y eso de que las reformas borbónicas eran una conspiración de los vampiros peninsulares, pero...

A pesar de ser un escritor joven, Gratín era un hombre de esos que encanecen de manera prematura: de tanto estar satisfecho de sí mismo y sonreír, tenía arrugas marcadas en las sienes y en las comisuras de los labios. Su compañero de cuarto me contó que dormía con un antifaz y una red para el cabello, y que su lado del tocador estaba lleno de mejunjes: bloqueador solar, crema para los párpados y antiarrugas (no debía de ser muy buena), entre otras cosas; y por supuesto: el agua de colonia Sanborns, con la que no escatimaba.

Escuché el ruido de un bulto caer y vi el asiento de la Velásquez

vacío y el rostro patidifuso de Gratín mirar hacia un punto en el suelo. A pesar de su edad, Habedero se mostró más ágil que nosotros, se levantó del asiento y tomó los signos vitales de Romualda:

—Está muerta —dijo.

No era la primera vez que el congreso de jóvenes escritores cobraba sus víctimas. Se contaba de becarios del Estado, generaciones atrás, de guerreros poetas muertos, ahogados en el mar; encontrados, como Marat en la tina, con un frasco vacío de barbitúricos en el suelo; o de aquél que intentó saltar desde un cuarto piso a la alberca, con los testículos al aire, y cuya distancia entre la muerte y un chapuzón fue de escasos centímetros, como sus ambiciones literarias. Las últimas palabras fueron, según contaban las antiguas baladas: "Sonia, mírame, puedo volar". Los becarios del Estado morían como moscas gracias al poco aprecio por la vida, al heroísmo, a la torpeza o la autoindulgencia.

La muerte de nuestra Velásquez fue aún más absurda: ataque fulminante al corazón. No había nada de heroico en ello, sino que era despreciable y soez. Nada de drogas, nada de exceso, era una condición genética que había matado a sus antepasados desde la colonia hasta nuestros días. Tal vez de ahí provenía la fascinación por los vampiros, la vida eterna y las violaciones múltiples y satánicas: el anhelo de vivir.

Esperamos algunas horas en la sala de espera del truculento hospital público para que nos dieran el diagnóstico al que Habedero había llegado sin tener un título en medicina. Mientras Carrera parecía ver el futuro en su mano manchada de sangre, Gratín comentaba empecinado las cuartillas de Romualda:

—Sin embargo —dijo—, era buena idea lo de las reformas borbónicas, los vampiros peninsulares.

Habedero tomó con la mano temblorosa un vaso de papel y se sirvió agua del surtidor: una burbuja saltó desde el interior de la botella.

—Y lo de los judíos... Otra burbuja.

—Y el Santo Oficio...

Habedero arrojó el vaso al piso y gritó:

—¿Quieres callarte, por favor?

Las cuartillas ahora póstumas de la Velásquez se arrugaron en las regordetas y bien cuidadas manos de Gratín.

—¡Fuiste tú quien la mató! —gritó Habedero—, ¡asesino! ¡ J'accuse !

—¡Yaqué? —dijo Carrera.

Al dejar el hospital despreciamos el drama que adentro se desarrollaba y que es tema para un ensayo que no pienso escribir, aunque tal vez Gratín lo haga algún día: los efectos negativos de la crítica.

Cuando el sol se puso detrás de la ciudad, de Carrera volvieron a resurgir los poderes místicos de chamán en armonía con el cosmos: los ojos del halcón, el sexto sentido del puma, el radar y el instinto sexual de los errabundos cetáceos. Carrera sacó la nariz por la ventana para guiar al taxista por los vericuetos de la parte negada del Puerto: arrabales donde la gente moría sobre calles sin pavimento y donde niños semidesnudos, en calzones de plástico, los vientres hinchados, jugaban entre viejos neumáticos, las caritas manchadas de tierra y mocos. Llegamos al mismo mercado desvencijado con sus bombillas cubiertas de grasa, cuya entrada me recordó los antiguos templos de las deidades telúricas que gobernaron a la humanidad antes de la aurora del derecho. Caminamos por el pasillo hasta donde la sacerdotisa del culto, dispuesta entre grandes trozos de chicharrón y tripas colgantes, se limpió las manos en su camiseta mugrienta, donde los pliegues de tejido adiposo caían como racimos de un fruto prohibido.

—*Anda luumello* —dijo Carrera.

La mujer asintió con su negra y fabulosa cabeza, de su cráneo brotaban esporádicos cabellos rizados como vello púbico; levantó una de sus manos y frotó los dedos:

—*Melda, mata mardanyasse* —dijo.

Carrera le mostró el bulto obsceno de billetes en el bolsillo de su pantalón. La mujer balbuceó algo y se metió a la trastienda, dejándonos por compañía las tres cabezas de cerdo cubiertas de moscas que parecían reírse de nosotros.

—¿Qué dijo? —pregunté.

—Dijo que va a hablar con su sobrino, Juanito. No tiene tanta mercancía en existencia.

En el fondo de la tienda, la mujer hablaba por teléfono.

—¿Y cómo se llama ella?

—Juanita.

Regresó con una botella de ron sin etiqueta y dos vasos, también grasientos, y nos ofreció un trago mientras esperábamos. Carrera y la mujer charlaron en su jerga. El ron ya había comenzado a producirme náuseas cuando llegó Juanito: un mulato joven, alto, musculoso, y con

un principio de calvicie (su herencia europea) que le sentaba muy bien.

Convenimos en seguirlo por el arrabal con sus techos de lámina, plátanos, papayas y de una exhuberancia tal que uno sólo podía pensar en enfermedades tropicales. Llegamos a un muelle donde nos esperaba un tipo sentado en un bote. Yo iba detrás de Carrera, confiado en sus conocimientos mundanos sobre el intercambio de dinero por drogas. Juanito sacó del fondo del bote una bolsa de plástico con raciones individuales de cocaína para una época en donde socialismo era una palabra deleznable. Cuando Carrera sacó el fajo de billetes, gracias a un movimiento de prestidigitador, combinado con golpes de karate, vi a Juanito y compañía alejarse sobre un rastro de espuma blanca, con el dinero y la droga, y Carrera tirado en el suelo. El nombre del bote era Tina Modotti.

—Juanito —murmuré—, ¿por qué nos traicionaste?

Detrás de mí escuché el estruendo de un motor y cuando giré la cabeza vi a Carrera montado en un rutilante bote de velocidad.

—¿Qué haces? —grité.

—Salta —me dijo.

Nuestro bote acometió el agua fría con briosa constipación, en pos de la luna menguante, como antaño lo hicieron las cóncavas naves que atravesaron el ponto rumbo a la amurallada Ilión, criadora de caballos. Frente a nosotros, en el Tina Modotti, el cañón de una pistola brilló en la mano de Juanito y un disparo atravesó nuestro parabrisas, y llegó hasta el asiento trasero, imitación piel, donde había un par de esquíes.

—Carrera, estás loco. Tienen pistolas.

Mi amigo no contestó; pisó el acelerador y jaló la palanca de la transmisión. Cuando estuvimos al lado del Tina Modotti, sonó un segundo y tercer disparo, los cuales abrieron agujeros en proa y babor, según el diccionario de términos marítimos que consulto mientras escribo esto. Carrera disminuyó la velocidad.

—¿Cómo es que sabes conducir esta cosa?

—En Tampico todos sabemos navegar en botes de velocidad, y jugar beisbol.

El mar se tragó los disparos restantes. Carrera colocó el bote al lado del Tina Modotti, cuyo estribor crujió, y me dijo:

—Sostén el volante, y no dejes de pisar el acelerador.

—Tienen pistolas.

—Sólo tienen un revólver —dijo—, y ya desperdiciaron los seis tiros.

—A lo mejor tienen balas de repuesto.

—Voy a saltar.

El conductor del Tina Modotti intentó volcarnos. Carrera estuvo a punto de caer, pero gracias a la adrenalina pude mantenerme firme en el volante. Mi compañero tomó uno de los esquíes, saltó al otro bote e intentó derribar a Juanito; éste se defendió con la cacha de la pistola. Era una lucha desigual: Juanito era de complexión atlética y más guapo; Carrera contaba con una ventaja: habían pasado varias horas desde la última dosis de cocaína y ya tenía los primeros síntomas del síndrome de abstinencia.

Sonó mi teléfono celular, era mi ex:

—Estoy por entrar al salón de belleza y quiero pedirte un consejo.

—Sí, dime.

Carrera forcejeaba con Juanito y yo trataba de mantener estable el bote con una mano y un codo.

—He tomado la decisión de pintarme el cabello, pero no sé qué color escoger.

—¿Qué colores hay?

—¿Crees que me vea bien como pelirroja?

—Sí.

—Pero ya no está de moda ser pelirroja.

Wilson logró derribar a su contrincante junto al motor de la lancha, pero éste se incorporó de un salto y hundió uno de sus formidables puños en el enorme y flácido vientre de mi amigo.

—Jamás me lo pintaría de rubio. Puede ser castaño, de mi mismo color. También he pensado en unas luces. Estoy harta de estas canas.

Recordé la mañana en la que mi ex, a los 28 años, descubrió una cana en su cabello: no fue a trabajar, pasó la mañana llorando y me culpó de su envejecimiento prematuro.

—Tengo que irme —dijo ella.

Wilson arrojó el cuerpo sobre su contrincante, quien prefirió hacerse a un lado, y por eso resbaló y cayó al mar. Carrera tomó la bolsa de cocaína, aún en el aire, le dio un golpe en la cabeza al conductor con el esquí, saltó de regreso al bote y me dijo:

—A estribor.

—¿Qué es eso?

—A la derecha.

—¿Y el dinero?

—Aquí está.

Juanito lo había echado en la bolsa de la droga.

—Somos ricos —dije.

—Así es —dijo Carrera, y tomó el volante.

Abandonamos el bote en el malecón y caminamos de regreso al hotel con la bolsa de plástico llena de droga y billetes.

—Actúa normalmente —me murmuró cuando nos topamos con un coche patrulla.

Éramos dos jóvenes escritores, nadie podía dudar de nosotros, el Estado nos daba dinero gracias a la calidad de nuestro trabajo literario. Éramos buenos, viriles, podíamos conducir botes de velocidad y prevalecer en un mundo dominado por la lógica del dinero. En la habitación Carrera se preparó tres líneas, y le quitó un poco de cantidad a cada una de las bolsitas que debía entregar.

—¿Quieres? —me preguntó.

—No —dije.

Yo sólo podía pensar en Sofía, quien se encontraba en algún lugar del puerto, dispuesta para mí, cuan larga era.

—Supongo que ahora puedes pagarme lo que me debes —dije.

—Deberíamos comprar más coca, y luego venderla —dijo Carrera, reflexivamente.

—Estás loco —le dije, y le arrebaté el dinero.

Separé la parte que le había prestado y lo guardé en mi cartera. Mientras Carrera repartía las bolsitas por las habitaciones del hotel, yo fui a la recepción.

—Una habitación, por favor —dije.

—¿Sencilla? —me preguntó la recepcionista.

—Doble.

La canción de moda ese verano era “Gasolina” interpretada por el reguetonero puertorriqueño Ramón Luis Ayala Rodríguez, mejor conocido como Daddy Yankee. El reguetón era un ritmo nuevo que los puristas del lenguaje despreciaban, como siempre, ignorando que las lenguas deben cambiar: está en su naturaleza.

To los weekenes
Ella sale a vacilar duro

Mi gata no para de janguiar porque
A ella le gusta la gasolina
Dame más gasolina.

Robles y Souza ejecutaron pasos de baile para los cuales era necesario mover músculos desconocidos para mí hasta entonces. Decidí esperar con paciencia, sentado en una silla de acero del bar de mala muerte donde todos los becarios caímos esa noche.

Nos enteramos de que Miguel Habedero y Mario Gratín pasaron la tarde intentando ponerse en contacto con los parientes de Romualda, pero todos estaban muertos por causa de un mal congénito.

Carrera regaló habanos con etiquetas piratas, como si fuera una especie de potentado, y en cierta manera lo era, porque esa noche había anotado un jonrón, dijo, y recordó su carrera como jugador estrella de beisbol infantil, cuando viajó a Japón con la selección nacional y fue ponchado por el lanzador del equipo rival, Hideaki Nawabata, el mismo que ahora jugaba en las Grandes Ligas, y Carrera no. Por eso era adicto a la cocaína, dijo, por eso tenía dos mujeres y vivía con su madre a los treinta y tantos años. Esa noche, mientras mi vista devoró todas las articulaciones de Souza y mentalmente sorbí cada uno de sus pequeños huesos, Carrera me abrió su corazón, pero yo no le hice caso.

Robles fue al baño y Souza, en medio de la pista, sin dejar de bailar, a pesar de que aún no comenzaba la siguiente canción —en realidad la misma canción se repitió interminablemente como la metáfora de algo: la rueda del Dharma, tal vez—, me hizo la señal con un dedo para que fuera a su encuentro. La chica no bebía, ni usaba drogas, su cuerpo autosuficiente segregaba todas las sustancias necesarias para mantenerla desinhibida. Yo había luchado contra una banda de traficantes, pero mis ideas respecto a la masculinidad no podían descender al nivel de bailar reguetón; Carrera se levantó en mi lugar.

A ella le gusta la gasolina
Dame más gasolina
Cuánto le gusta la gasolina
Dame más gasolina.

A Sofía no pareció molestarle que Carrera bailara como un actor de Bollywood, y le restregó el cuerpo una y otra vez. En mi mente se

quedó grabada esta imagen: la inmensa complexión de Carrera en la postura de un catcher y el culo de Sofia (light of my life, fire of my loins) frente a su cara. Pedí otra cerveza y me fumé la siguiente cajetilla de cigarros. Robles se les unió y así pasaron varias horas en las que nadie parecía mostrar agotamiento. Me mantenía en pie (o sentado en una silla de metal) una lujuria que no había sentido desde los dieciséis años.

Los becarios del Estado desaparecieron, o se quedaron dormidos sobre las mesas, abrazados a una idea equivocada de la literatura, el reguetón, y la vida en general. En el bar quedamos despiertos Robles, Souza, Carrera y yo. No sé cuantas cervezas tomé pero cuando me di cuenta, ya estaba en medio de la pista, cantando:

A ella le gusta la gasolina
Dame más gasolina
Cuánto le gusta la gasolina
Dame más gasolina.

Ora el culo de Souza se pegaba a mí, ora el de Robles, ora el de Carrera, cuando la música se apagó de golpe. Vimos a Juanito y a otros tipos, entre ellos el conductor del Tina Modotti con una venda en la cabeza y un bat de beisbol. En la mano izquierda de Juanito había un revólver y en la otra el cable de la rocola. El dueño del bar desapareció tras las hojas de la puerta, aún en movimiento; de fondo sonó el melancólico bramido del mar.

Juanito nos dijo que un par de sujetos como nosotros sólo podíamos caer en un lugar como ése, el único que no cerraba durante toda la noche. Parecía muy satisfecho con esta idea.

—¿Dónde está la coca? —dijo y amartilló su pistola —. Y el dinero.

Uno de los esbirros se dirigió a la puerta para vigilar que nadie viniera. Otro examinó a los becarios dormidos sobre las mesas. Juanito miró a Souza de la manera en que no se mira a una hermana y mucho menos a una madre. Robles estaba alerta con cada uno de sus músculos, preparándose para resguardar a Souza con su propio cuerpo, de ser necesario.

—No sé cómo pueden escuchar esa música tan horrenda —dijo Juanito, asqueado.

Sus adeptos asintieron con la cabeza. Juanito volvió a conectar la rocola, miró las opciones con detenimiento y depositó una moneda en la ranura. Desde algún lugar de la ultratumba Eric Burdon cantó:

There is a house in New Orleans
They caaaaaaall the Rising Sun.

—Esta sí es buena música —dijo Juanito.

Yo pensé en los titulares del día siguiente: “Becarios del Estado encontrados muertos”. Y abajo, en letra más pequeña: “Muestran huellas de tortura”.

—Será mejor que te vayas y nos dejes en paz —dijo Carrera.

Una risita aguda salió por la perfecta dentadura de Juanito. Era una persona realmente agradable y daban ganas de conocerlo en otras circunstancias:

—¿Y si no?

—Y si no … —dijo Carrera, el rabillo del ojo puesto en mí—, pues … nos enojamos.

Nuestros adversarios rieron de una manera que me pareció grosera, parecía hacerles gracia que nosotros nos mostráramos enojados, puesto que éramos menos, dos de nosotros mujeres, y no teníamos un arma. Carrera aprovechó el momento para saltar sobre Juanito e intentar quitarle el revólver. Por suerte se trataba de una banda de narcotraficantes incipiente, porque la única arma era del líder.*

El conductor del Tina Modotti intentó dejar caer el bat de beisbol sobre la cabeza de Carrera, pero un golpe de Krav Magá —el sistema de defensa personal israelí— de Roberta Robles se lo impidió. Los demás esbirros nos miraron con pasmo; yo tomé una de las sillas y la dejé caer sobre la cabeza de uno de ellos. Ya había conducido un bote de velocidad y bailado reguetón, lo demás fue mero trámite. Carrera y Juanito forcejearon con el revólver, sonaron dos disparos. Nadie salió herido.

El esbirro que yo había derribado se levantó, una gran cantidad de sangre le cubría la cara. El tipo de la entrada dudó un momento entre escapar o quedarse a la pelea. Escogió la primera opción.

Le dije a Roberta:

—Llévate a Sofía.

Carrera y Juanito se enfrascaron en el suelo en lo que parecía una llave de lucha grecorromana muy apretada; el primero mordió la mano del segundo, provocando el grito del mismo. Jalé a Carrera del cuello de la camisa, pues ya había logrado dominar a Juanito y se complacía en golpearlo en la cara.

—Vámonos ya, Carrera —dije.

Pensé en lo que ocurriría si llegara la policía y nos descubriera en

una pelea con una incipiente banda de traficantes. Los titulares: “Becarios del Estado en guerra de pandillas”.

Alcanzamos a Sofía y a Roberta en el malecón.

—Parece que no nos siguieron —dijo Carrera, impasible.

Cruzamos el umbral del hotel y pensé que sería relativamente fácil para ellos encontrarnos al día siguiente, aunque por alguna razón me sentí eufórico, liberado.

Llamé a mi ex:

—Acabo de luchar con una banda de narcotraficantes, conduje un bote de alta velocidad y bailé reguetón —le dije.

—Son las tres de la mañana —me dijo—, ¿bebiste?

—Sí —le dije.

—Voy a colgar.

—No importa, sólo llamé para decirte que me parece una mala idea que seamos amigos y yo...

—No pienso discutir eso ahora —me dijo.

Y colgó.

Roberta rodeo a Sofía de los hombros con uno de sus toscos brazos.

—¿Qué fue lo que pasó? —se dirigió a Carrera—, ¿eran amigos tuyos?

—Más o menos —dijo Carrera.

La adrenalina aún no había bajado de mi cabeza. No podía dejar de sonreír y sentí como si años de vejaciones autoinfligidas llegaran a su fin.

—¿Y tú por qué sonríes como idiota? —me dijo Roberta.

—Me voy a dormir —dijo Sofía.

Y esto me devolvió a la realidad, había tomado una habitación doble, era la noche que Sofía y yo pasaríamos juntos. La culpa era de Carrera, como siempre. Las mujeres se bajaron del ascensor en el piso que les correspondía y cuando las puertas se cerraron Carrera examinó el tablero de controles como si nunca hubiera visto uno.

—Hoy dormiré en otra habitación —le dije—, está en el quinto piso.

—¿No quieres coca? —me preguntó.

—No —dije, arrepentido de haber llamado a mi ex, de haber rentado la habitación, de haber peleado con una banda de traficantes que no tardarían en encontrarnos. Y si apreciaba mi vida tendría que dejar el Puerto al día siguiente. Pensé seriamente en no hacerlo.

No pude dormir. El tamaño de la cama acentuó mi soledad. La brisa marina entraba por el balcón y de un momento a otro

amanecería. Decidí bajar a la alberca. Ahí estaba Sofía, con los pantalones arremangados y los pies en el agua.

—Hola —me dijo.

Era la sonrisa leve que me había fascinado desde el principio, pero en esa ocasión me dio miedo. Yo nunca podría sonreír así, caminar como ella, de esa manera tan erguida; parecía estar limpia de toda maldad, de toda preocupación, mientras que yo vivía rumiando las mismas dos o tres ideas. Ella había intimado conmigo la noche anterior por un mero accidente, y pretender volver a provocarlo éste podría llevarme a la frustración y a la muerte, o un ataque de migraña en el menor de los casos.

—Siento mucho lo del bar —dije.

—No hay problema —dijo.

Para ella el incidente no había sido nada, en cambio yo sentí que mi vida no podía ser igual después de eso; que se avecinaban grandes cambios, aunque no podía imaginar cuáles eran, tan sólo que ninguno de ellos incluiría un sólo centímetro de la tersa piel de Sofía Souza.

—Roberta ronca —dijo—, por eso no puedo dormir.

—Carrera también —dije—, por eso renté otra habitación.

Estaba amaneciendo. Los accidentes demandan a veces un pequeño empujón.

—¿Puedo dormir contigo? —me preguntó.

—Claro —dije—, pero sólo hay una cama, aunque es muy grande.

—No importa

Y así fue como conocí a mi segunda esposa.

Narvarte, 2007



* En realidad la pandilla contaba con dos pistolas, una de ellas se unió a los tesoros españoles que el mar guarda celosamente, junto con sus ahogados, hasta el día del Juicio Final. (N. del A.)

Epílogo

Ocho años más tarde, durante los años de la llamada guerra contra el narco, como la llamaban, Wilson Carrera y yo volvimos a coincidir durante el verano, en el Puerto, en un encuentro de escritores ya no tan jóvenes. Yo había publicado un segundo libro de historias que fue tomado en cuenta por dos reseñistas, y estaba por divorciarme de Sofía, luego de una relación despojada de toda vehemencia y llena de un gratificante vacío. Ni siquiera el Estado benefactor quiso publicar la novela que escribí gracias a él. Carrera era famoso gracias a sus novelas sobre el narcotráfico: lo conocían en España, en Argentina; una multitud de académicos norteamericanos asexuados escribían voluminosas tesis doctorales y artículos sobre la trilogía *AK-47: Me dicen el cuerno de chivo* (2005), *Temible cuerno de chivo* (2007) y *Mi troca, mi mujer y mi cuerno de chivo* (2010). Sus libros se vendían por miles y era amigo personal de Carlos Fuentes.

Compartimos una mesa redonda titulada “Hacia una nueva narrativa de la violencia: perspectivas a futuro”. Yo no sabía por qué me habían invitado si mi segundo libro trataba sobre lo mismo que el primero: personajes de mediana edad que languidecen en departamentos mal iluminados y reflexionan sobre el fin de la Historia.

Los organizadores nos pidieron que no saliéramos de noche porque había una guerra entre los cárteles de droga que se disputaban el Puerto con toda clase de hechos sangrientos, y el chofer que nos llevó se complació en contarnos anécdotas truculentas que ya habíamos leído en la prensa nacional: decapitaciones, masacres en centros nocturnos, narcomensajes, secuestros. Recordé con cariño al carismático Juanito y deseé que se hubiera retirado del negocio y quise imaginarlo sentado afuera de su choza, en bermudas y sandalias, junto a su tía, Juanita, contando a los niños historias de cuando fue traficante de drogas y mirando un partido del Manchester United con televisión por cable robada y una botella de cerveza familiar en la mano.

Al llegar al hotel nos advirtieron que el bar cerraba a las doce de la noche. Pedimos dos vodka tonics y algo de cenar. Carrera seguía usando las mismas camisas de proxeneta tailandés; me contó que había dejado la cocaína.

—Quién sabe —dije—, a lo mejor yo también escribo una novela de narcos.

—Necesitas un título que venda.

—¿Qué te parece *Dinero fácil*?

—Ya hay una película con ese título… *mejor Gasolina*.

Repasamos a los compañeros caídos: Mario Gratín, ahora investigador de El Colegio de México, escritor de novelas eróticas con nombres inasibles para la memoria; la malograda Romualda Velásquez, quien no alcanzó a disfrutar la moda de la literatura de vampiros que inundaba la sección de libros de Sanborns.

—Seguramente ahora tendría mucho éxito —sentenció Carrera, reflexivo, casi guapo, mirando a la ventana, a la noche clausurada a cal y canto para siempre con todo y sus frutos amargos.

Al mirar la alberca recordé cuando Sofía nadó sin ropa bajo la luz de los reflectores.

—Tengo algo que confesarte —dijo Carrera.

—¿Qué?

—Yo estaba enamorado de Romualda. Teníamos una relación —dijo, y luego agregó—: secreta.

—Jamás lo hubiera pensado —dije—, no mostraste nada de pesar cuando murió.

Pedimos otra ronda de tonics, brindamos por los tiempos pasados, y nos fuimos a dormir temprano porque al día siguiente Carrera tenía que tomar un avión a Tampico para desayunar con el gobernador.

Plateros, 2012

Gasolina

Primera edición digital: mayo, 2014

www.megustaleer.com.mx

Diseño de portada: Penguin Random House / Amalia Ángeles

Ilustración de portada: ©Thinkstock

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:
megustaleer@rhmx.com.mx

ISBN 978-607-312-454-6





@megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice